

PQ7297

.R7

v. 6

1897-1910



FONDO HISTORICO
FIGARDO COVARRUBIAS

155979

Una flor en su sepulcro.



En Octubre de 1849 publiqué en "El Locomotor," de Veracruz, varias páginas segregadas del álbum de uno de mis amigos. Aquellas páginas, escritas bajo la influencia de un recuerdo debilitado por el tiempo, pueden ser consideradas como el estudio de las fluctuaciones del corazón en esa época de la vida en que se experimenta la necesidad del amor, y, no encontrando el objeto á que deba consagrarlo, se agita como la aguja tocada al imán, cuando una mano inquieta le impide señalar hacia el Norte.

Posteriormente el álbum ha vuelto á mis manos, y recorriéndole, hallé páginas más serias, expresión de aquel sentimiento desarrollado, llenas de esperanzas las unas, de luto y amargura las otras: éstas últimas conservan las señales del llanto con que fueron escritas. Nada hay

en ellas de extraordinario, nada que pueda excitar la curiosidad del que lee: son el simple relato de una desgracia harto común en la vida, cuyo patrimonio es el dolor.—Me decidí á darlas á luz, pidiendo una poca de indulgencia para el que las publica, un sentimiento de piedad hacia el corazón que las dictó, y una oración para la que duerme en su sepulcro....R.... 1850.



I.

No sé por qué me interesa tanto esa niña, pues no es sino una niña de catorce años la preciosa trigueña que, de unos días á esta parte, habita una casa media cuadra más abajo de la mía. Si me detengo á examinarla fríamente, confieso que no es bella: el sol de nuestra zona ha quemado su cútis más de lo que desearían los admiradores de este género de belleza; pero se nota expresión en sus ojos. Aún no la he oído hablar; tal vez su metal de voz sea demasiado ronco; sin embargo, todo quedaría compensado con el gracioso movimiento de su cabeza, con el hermoso cabello negro que en dos fajas desciende sobre la palida tez de sus mejillas; con sus molares exquisitamente finos y ese aire inefable que

sólo comunican una educación esmerada y el trato de una sociedad escogida.

Y qué extraño se me hace el no haberla conocido antes, cuando ella siempre ha vivido bajo el mismo cielo que yo! Pero, lo repito, es una niña que apenas se está desarrollando.

Bien visto todo, ¿por qué me ocupo de ella? Me he entusiasmado muchas veces, y, creyendo que en mi corazón se operaba un cambio que sólo tenía lugar en la fantasía, he dicho á otras mujeres que las amaba, y á poco este entusiasmo se ha desvanecido como la lámpara que muere por falta de pábulo. ¿A qué, pues, engañarme de nuevo y engañar á esta niña que parece tan inocente?

Tengo, además, errores que lamentar, tributo que regularmente á los veinte años pagamos al mundo, y sólo su recuerdo debe ocuparme para precaver en lo futuro mi corazón. Cuando quise olvidarlos, cuando soñé que podía consagrarme á adorar á una hermosa niña que habitaba lejos de aquí, en otro suelo más árido, pero bajo un cielo infinitamente más bello, apenas el porvenir comenzaba á sonreírme á la luz de esta idea consoladora, y esa niña bajó al sepulcro. He cantado sus virtudes, su belleza, su prematura muerte. ¿Fué ésta un castigo por mis pasadas faltas? ¿Quién sabe! Este

acontecimiento me entristeció por muchos días: verdaderamente yo había adorado su imagen, más bien en mis sueños de poeta que en el insomnio doloroso de la existencia real.... Pero, ¿cómo puedo olvidarla tan pronto, cuando sus huesos aún no estarán reducidos á polvo en su angosto y obscuro lecho de tierra? No; yo no debo amar; mi corazón debe permanecer insensible á la voz del sentimiento: no, trigueña interesante, encantadora María, no nacimos el uno para el otro!

II.

Cuando queremos, fácilmente dominamos nuestros afectos: no vence aquél que no lucha con sinceridad: es cierto, y yo debo confesarlo, que el triunfo me ha costado bien poco: he comenzado á amar demasiado temprano, y, hayan sido afectos del corazón ó sueños de la cabeza, todos los míos de este género han desaparecido con su correspondiente séquito de ilusiones y de locuras. Preciso es repetirlo: ya no puedo amar.

No sé cómo esta niña me ha ocupado por espacio de algunos días: las vecinas habrán comenzado á preguntarse por qué paso tan seguido frente á sus balcones, y

se habrán perdido en un mar de conjeturas y de chismes. Vaya ese óbolo, depositado por mí en tributo á la locuacidad femenil.

Algunas noches he soñado con ella: preciso es que fuera así; el sueño no es sino un espejo que reproduce los pensamientos que nos ocupan durante el día; cortemos esos pensamientos, y la imagen desaparecerá del cristal azogado.

No deja de inquietarme el ver tan apegado á su balcón á mi amigo F....; parece que adivina las horas en que María sale al suyo. Y son vecinos: además, este F.... es de mi genio, poco bullicioso, poco amigo de diversiones frívolas, y amante, por consecuencia forzosa, de esas jóvenes apacibles, melancólicas, en quienes parece que lo ideal predomina sobre esa maldecida insubstancialidad, tan común en las mujeres. ¿Qué resultará de todo esto?... Pero, en fin, nada me importa: en lo sucesivo nada tengo que ver con María.

III.

Dígame lo que se quiera, es hermosa; desde la puerta de mi casa la acabo de ver en su balcón, y por vía de pasatiempo fijé en ella mi antejo de teatro. ¿Qué

peinado tan deliciosamente hecho, qué formas tan bien modeladas! Y ese aire, esa expresión, ese no sé qué! Cuando ella advirtió que era objeto de mis observaciones, se volvió ligeramente para el lado contrario.... Bien, muy bien! no puedo mirar sus facciones; pero su cuerpecito es tan bello! De este modo me extasió durante un cuarto de hora. De repente una enorme cabeza de viejo aparece; después otra; se nubla el lente, y las gentes que pasan me dicen adiós, burlándose de mi distracción y llevando su vista según la dirección del antejo, para hallar la causa de mis pesquisas astronómicas. Retiro el antejo, me froto la vista, y contesto con señales visibles de turbación.

IV.

He seguido pasando frente á sus balcones; me parece que F.... me trata con alguna más reserva de lo acostumbrado. Cuando María sale á su balcón, F.... está en el suyo y yo en mi puerta; ella se vuelve con la mayor indiferencia, unas veces hacia él, otras hacia mí. ¿Sabe Dios lo que en esto habrá!

Pero no, es imposible que yo me engañe; jamás han fallado mis presenti-

mientos. F... se muestra celoso, luego está en relaciones con ella. No he estudiado lógica en el colegio; pero la conozco bastante para notar lo absurdo de tal consecuencia; sin embargo, el corazón me lo dice así, y es forzoso creerlo, porque el corazón no se equivoca.

La olvidaré; haré de cuenta que no existe: días antes me habría costado menos que ahora; ¿por qué no puse en práctica mi primera resolución?

Ayer por la mañana, cuando yo venía del baño, una criada estaba barriendo el balcón de María, y tan luego como me conoció, se introdujo: al acercarme salió ésta y me dirigió una mirada penetrante... ¡ha correspondido á mi salud con tanta gracia! Vamos, esto no puede durar así. Y, bien visto, ¿por qué no la he de amar? ¿Por qué no he de aspirar á la dicha de ser amado? Pero, ¿y F...? Pero, ¿y lo que exige la amistad?

¿Por qué existe en la tierra otro deber que el de adorar, otro afecto que el amor?

V.

De nuevo torné á luchar de buena te contra ésta afición naciente: dejé de pasar por la calle donde vivía aquella niña;

dejé de asomarme á la puerta. ¡Qué duro se me hacía privarme de todas estas pequeñas satisfacciones! ¡Qué largos los días y qué congojosas las noches, porque me traían sueños con cuyo recuerdo me asaltaba la venidera luz! En pago, no tenía sino el contento vago que resulta del cumplimiento de un deber, y más cuando éste envuelve nada menos que la felicidad de un amigo.

Quise engolfarme en ocupaciones contrarias á las que hasta aquí me habían sido predilectas: en mis lecturas proscribí la novela, que no servía sino para encornar mi herida. La Geografía, las teorías de los economistas, la Historia y la Filosofía, me ofrecieron sus áridas páginas; hasta la política mezquina y desencantada me ofreció sus periódicos para entretenir una imaginación que no se ocupaba sino de... María!

VI.

En estos días la familia del Sr... fué á pasar una temporada á Coatepec, hermoso pueblo situado á pocas leguas de Jalapa, y llevó consigo á María, con cuya familia la unían lazos de parentesco. A pesar de mi firme resolución de olvidar-

la, sentí su ausencia: un resto de afecto me hacía insufrible la idea de tenerla tan lejos de mí. Pensé dar mis paseos á Cōatepec, pero ¿qué diría F....? Se imaginaria que iba yo por verla, como realmente hubiera sido. Entretanto, pasaron dos ó tres semanas, y me sentí mejor; me sentí reconciliado conmigo mismo, que es el estado más envidiable de la existencia.

En una de estas tardes, F.... estuvo á visitarme y hablamos largamente sobre María. Me confesó su amor no correspondido, las sospechas que con respecto á mí abrigó algunos días antes, el estado de desesperación en que se hallaba, por el carácter raro de esta niña que, después de haberle hecho concebir esperanzas, le negaba su correspondencia. Cada prueba de deferencia dada por ella á F...., y que éste me refería ahora, era un dardo que me atravesaba el corazón. Es cierto que se negaba á entrar en relaciones con el amante que la solicitaba; pero endulzaba esta negativa con tantas pequeñas atenciones, que, á mi ver, era más dulce que la concesión explícita de su amor. Entonces me culpé, me avergoncé yo mismo de haberme creído capaz de inspirarle simpatías pocas semanas antes, cuando debía estar su imaginación ocupada con los homenajes continuados de

un joven tan apreciable como F.... Hasta vagó por mi mente la idea de que se habría burlado en secreto al notar mi empeño por agradarla. Esto fué lo más terrible, porque atacó mi orgullo desde su base; destruyó el resto de mi ilusión. Además, el amor de que F.... acababa de hacerme confianza era de una naturaleza tan noble, tan elevada; su vehemencia, al parecer tan grande, que no podía yo, sin cometer una bajeza, seguir ocupándome de María. La entrevista se prolongó: confesé sinceramente á F.... mis ilusiones y desengaños; le pinté mi afición como un capricho pasajero que había muerto con el transcurso de pocos días, y verdaderamente así lo creía yo mismo; le manifesté mi opinión sobre varios puntos relativos á su amor, en que quiso saberla.

Adiós, nuevo sueño de mi corazón, en que comenzaba á cifrar mi dicha! De nuevo, adiós, María: no hemos nacido el uno para el otro.

VII.

Háblese cuanto ocurra sobre este infeliz mundo, jamás podrán arrebatarse su parte encantada para los que se lanzan

á él con el firme propósito de gozar. En este pedazo de tierra disfrutamos de un clima delicioso cuando el Norte no agita las olas del cercano mar, encapotando de nieblas nuestro cielo. ¡Qué verdes campos, qué arroyuelos tan sonoros! Y luego, ¡todas las bellezas de la creación no resaltan en cada una de esas flores misteriosas que apellidamos mujeres? Las hay de ojos negros y melancólicos, de mirar dormido: las hay de ojos azules y dilatados, en que se reproduce el turquí de los cielos: ésta, trenza graciosamente su cabellera de oro, que resalta sobre una tez de concha nácar; aquélla tiene sus bellos negros como el ala del cuervo, y su tez pálida como el simpático lirio. La voz de P..... nos encanta cuando se pierde en dulces modulaciones, al compás de la vihuela, arrancando el aplauso de los estrados. S..... fascina materialmente cuando gira en las complicadas figuras de la danza. Desengañémonos: un corazón amante de lo bello, un artista, un poeta, debe enamorarse perdidamente de todas ellas, ó, de lo contrario, es un infeliz.

Además, el hombre no debe aspirar á vivir exento de pasiones, porque esto es peculiar de los bienaventurados; debe, si dirigir las que tenga, hacia el bien, sin dejarse dominar por ellas. Yo he tomado

mi partido. Estoy enamorado de los ojos negros, de la viveza infantil de.... Nos encontramos en las iglesias, en los paseos, y nos devoramos con la vista, que es un "amore:" conozco que ella coquetea; no importa, yo estoy enamorado; ó, á lo menos, procuro creerlo así, que es lo que me conviene por ahora.

VIII.

A contar desde el día en que F.... me confió sus amores, comencé á saber, con el interés de un amigo, multitud de pormenores acerca de la educación, del carácter y de los hábitos de María. Desde muy pequeña ha dado pruebas de un cariño profundo á su familia, de una bondad extremada. Recordaré una anecdotilla que para demostrármela relató F.... con el entusiasmo de un amante. Cierta vez, siendo aún muy pequeña, de resultas de un golpe se fracturó un bracito. El dolor era muy agudo, superior á los sufrimientos de una niña. Se envió en busca del médico; pero llovía fuertemente, y transcurrieron algunas horas antes de que pudiese acudir. Entre tanto, su mamá padecía, y ella hizo un esfuerzo para ocultarle sus dolores; refrenó su llanto,

hasta llegó á asegurarle que se sentía mejor, para tranquilizarla. ¡Qué episodio tan inocente, tan tierno, de los días de su infancia! ¿No podía recogerse como una prenda de que la mujer que desde pequeña sabe refrenar sus dolores por no afligir á los que la aman, haría la felicidad del hombre á quien consagrara en el altar su existencia?

IX.

Su familia, digna de mejor suerte, ha sido muchas veces el blanco de la desgracia. Sus padres, pertenecientes á familias distinguidas, le dieron una esmerada educación. La señora une á las virtudes, que constituyen el adorno más apreciable de la mujer, un talento nada común, una instrucción vasta, una sensibilidad exquisita, que debía más tarde serle funesta: unos modales que sólo se adquieren, como he dicho antes, frecuentando una sociedad escogida.

María se ha desarrollado de poco tiempo á esta parte: su género de belleza no agradaría, estoy seguro de ello, á las tres cuartas partes de los hombres: no tiene cosa alguna de las que, á juicio de la generalidad, constituyen la belleza: no es

blanca, ni ostentan sus mejillas dos roseatas encarnadas, circunstancia precisa para arrancar el epíteto de irresistible: no gesticula al hablar, ni se ríe estrepitosamente, ni suda á mares en las infinitas vueltas del vals. María asiste de tarde en tarde á los bailes: su carácter, sin dejar de ser ardiente, es apacible, reposado. No sé por qué cuando la miro asomada á su balcón, recuerdo á la inocente filomena que, sentada con tristeza en la rama de un árbol sin hojas, se columpia suavemente á merced de los vientos de otoño. La belleza de María reside en la forma clásica y el gracioso movimiento de su cabeza; en las dulces inflexiones de su voz, en la finura de sus modales. No es de aquellas bellezas que nos enloquecen al verlas por primera vez, y que van perdiendo su magia á medida que se las examina: es una belleza en que no haréis alto por el momento, pero que os irá avasallando insensiblemente, y, cuando hayáis adivinado la mitad de los tesoros que encierra, no tendréis fuerza para romper la cadena encantada.

Ultimamente el fastidio ha invadido la existencia pacífica de María. El fastidio, ya lo han dicho otros, es una enfermedad común á las personas que, dotadas de sensibilidad ó talento, carecen de un fin

que absorba sus facultades, sus deseos, cualquiera que sea este fin. En tales circunstancias, las ocupaciones, las distracciones, si no cortan el mal de raíz, pueden al menos considerarse como benéficos calmantes: adormecidos de esta manera, podemos vivir con el día, sin que sus horas se nos hagan demasiado insostenibles. María, pues, tuvo maestros de gramática castellana, de aritmética, de música y dibujo. A este último arte, que tantos días agradables me ha proporcionado, se aficionó más decididamente, y le consagraba muchas horas. Este complemento de su educación, le proporcionó excusa para no corresponder al amor de F.... Además, yo no sé si realmente abrigaría ella un sentimiento idéntico al de mi amigo, ó si sus primeras muestras de aceptación serían hijas solamente del agrado con que una niña de su edad recibe los homenajes de un joven, aun cuando éstos no afecten su corazón en lo más mínimo.

X.

He dicho antes que F.... se hallaba presa de un verdadero malestar causado por la variación de conducta de María ha-

cia él, y ahora debo añadir que desde algunos días á esta parte, se había propuesto sofocar su inclinación. No recuerdo si dió algunos paseos á Coatepec mientras su ingrata adorada estaba allí; lo que puedo asegurar es que paulatinamente se iba calmando su espíritu: tenía en poder de María algunas cartas, y, al exigir las, en vista de que ella no daba una contestación categórica, supo que se hallaba en la imposibilidad de complacerle, pues no pudiendo esas cartas permanecer ocultas, había sido necesario quemarlas. F.... no se dió por satisfecho con tal respuesta: se creía víctima de alguna burla femenil, ó sospechaba que sus cartas eran conservadas como un trofeo de que todas las mujeres se envanecen, por lo común. Hago mención aquí de todas estas circunstancias, por la influencia que algunos meses después ejercieron en mi destino. Por lo demás, el que crea encontrar más adelante algún desenlace dramático que resulte de lo que dejo dicho, se equivoca. Yo no he tratado de componer una novela, sino de confiar á estas páginas los acontecimientos de cierta época de mi vida.

F.... hubiera dado cualquiera cosa por hallar ocasión de ejercer una pequeña venganza de aquellas que son lícitas

á los enamorados: perdíase en un mar de conjeturas y de proyectos. Entretanto, pasaban días y más días: la tempestad del corazón se iba serenando. Un corto espacio de tiempo más, y habrá renunciado para siempre á la diosa de sus sueños.

XI.

La ausencia de María se prolongaba. Como dije ya, Coatepec es un hermoso pueblo, en que se pasarían con gusto no solo meses, sino años, de una vida tranquila y contemplativa, su frondosidad es proverbial: el camino que conduce de Jalapa á este punto, es una calzada cómoda que se diría está abierta en la mitad de un bosque virgen: líquidámbares añosos esparcen su perfume, dibujando sus gigantescas sombras en la calzada; sonoros arroyos corren á los lados, ocultos por una exuberante vegetación; pájaros de mil colores y de mil cantos animan las deliciosas grutas. Después, cerca del pueblo, la vista corre libremente sobre llanuras que encuentran su límite á la derecha, en las montañas de la cordillera; á la izquierda, en el éter de los cielos. Enton-

ces se distingue el caserío del pueblo, destacándose sus graciosas torrecillas y una que otra columna de hamo que sube de las chozas de los alrededores: al entrar, sorprende el aseo y compostura de sus iglesias, su calle principal perfectamente tirada á cordel; pero lo que verdaderamente encanta es esa primavera eterna de sus campos y jardines: esos huertos extensos donde los árboles se doblegan al peso de sus frutos; ese río poco caudaloso que lame las orillas del pueblo, corriendo bajo la sombra de los arbustos que vegetan en sus bordes. Era tiempo de otoño; pero el otoño bajo nuestro clima, no se distingue del estío, sino por su cielo algo nebuloso, por sus bienhechoras lluvias y sus vientos que sollozan entre bosques apenas despojados de sus galas. Muchas veces en esta estación, el calor es tan excesivo, que obliga á tomar una temporada de baños. Esto había detenido en el pueblo á la familia del Sr.... María había escrito dos veces á su mamá, fijando plazo para su venida á Jalapa: los plazos habían expirado y la hermosa paseadora no llegaba; pero no importa: está contenta, se divierte; continúa desarrollándose de una manera que nos va á sorprender.

¡Ingrata niña! ;Te acordarás de mí en